

Las bibliotecas: lugares con alma

Nathalia Quintero Castro

Las bibliotecas guardan un mágico misterio: pueden ser todo lo que las mentalidades de cada época construyan sobre ellas, así como lo que las personas y pueblos se propongan hacer con ellas. Las bibliotecas saben de sueños y utopías, al ser portadoras de las aspiraciones humanas y de las visiones de la existencia. Pueden, incluso, ser ojos, tacto, oído, gusto, olfato y percepción, si así nos compenetramos con su presencia. El cosmos de las bibliotecas — como bien dice Alejandro Parada — es “polimórfico, ubicuo y orquestal”,¹ sabe de pluralidades y diversidades, da tiempo y espacio a los tiempos disímiles y a los múltiples espacios.

Esa “desmesura” es producida no sólo por ser el resguardo vital de los saberes del mundo y los mundos sino por su imparable explosión simbólica, que las hace objeto, sujeto y, también, relación.

Las bibliotecas son arquitectura, emplazamiento y estructura, puesto que están diseñadas, construidas, materializadas y expandidas objetualmente: el edificio, los libros, los documentos, los archivos, los computadores y otros artefactos; las mesas, ventanas y sillas; los cuerpos, los escenarios, los distintos lugares apreciados y recurrentes. Las bibliotecas en su presencia material y física se constituyen en caminos y laberintos, rutas y sitios. Ellas son objetos de territorializaciones: marcadas e identificadas como propias; defendidas e integradas a una identidad, a un modo de ser y de actuar. Esta dimensión física de las bibliotecas las convierte en geografía, pues inauguran las relaciones entre los seres y el medio, entre los seres y el mundo. Ellas llegan, entonces, a ser mapas de nuestra existencia y cartografías de nuestras permanencias. Las bibliotecas son objetos con-

vertidos en territorios que nos ubican y nos recorren, mientras las ubicamos y las recorremos.

Las bibliotecas son entidades semánticas que crean presencias y representaciones, sentimientos y opiniones; espacialidades sensibles y corpóreas que permiten quererlas e imaginarlas, hacerlas nuestras y apropiarnos. Son “seres biológicos palpitantes” que emergen de los imaginarios individuales y colectivos, capaces de impulsar transformaciones personales, comunitarias y sociales. Por ello, las bibliotecas también llegan a ser sujetos: personas, comunidades y muchedumbres, redes simbólicas de almas que devienen en sensación y sentimiento. Son expresiones construidas, soñadas o recordadas. Se trata de las valoraciones atribuidas por los pobladores de estos espacios o lugares, nichos o refugios, semiosferas o centros de contacto/información/lectura/comunicación o encuentro. Las bibliotecas encarnan hábitats,* cuya dimensión y trascendencia está dada por los cuerpos que transitan, los afectos que se expanden, el peso de las materialidades y la hermenéutica de las prácticas sónicas de quienes las complementan y vivifican.

Las bibliotecas son también “espacialidades inmateriales”² hechas de virtualidades, donde los artefactos tecnológicos, las representaciones gráficas o visuales se vuelven entidades fluctuantes hologramáticas; temporalizaciones en tiempo real que transforman en flujo informacional la sustancia de los cuerpos y la materialidad de los territorios. Se trata de un nuevo acontecer atemporal y multiterritorial, exigido por las dinámicas del sistema, las pandemias y las reestructuraciones sociales inventadas, impuestas o necesarias.



Edouard John Menta, *Una doncella en la biblioteca*, óleo, 1899, 23 x 18,5 cm.

Las bibliotecas son, y están, en sus múltiples estilos y construcciones, en las materialidades, las significaciones y las virtualizaciones, porque ellas tienen la anchura y la dimensión, la extensión y la profundidad que quiera darle cada persona, grupo o colectivo: agencias, “casas de la vida” y de la memoria, recintos de los registros gráficos o semiosferas comunicativas. Las bibliotecas adoptan diversas formas y conservan incólume su esencia: están en todas partes, porque también las podemos traer y llevar adentro. Son piezas musicales en las que la mezcla y el encuentro instrumental, rítmico, melódico y armónico propician el contacto con lo otro.

Las bibliotecas, en tanto “seres biológicos” son lugares con ánimo cuyo aliento, fuerza y vibración la toman de los encuentros que propicia, las pertenencias que inauguran; la creatividad que impulsan; las memorias que entrecruzan y las esperanzas que proyectan. Las bibliotecas viven, se crean y se “almatizan” por efecto de las letras que preserva en sus anaqueles, lugares míticos de los sueños, la rememoración de quienes fueron, las luces para viajar y navegar, los misterios de la materia, la posibilidad para ver, saber y reconocer mundos diversos, distantes y cercanos.

En tiempos de pospandemia es bueno re-poe-tizar los espacios bibliotecarios para volvernos a encontrar y restituir los lazos de nuestra pulsión gregaria, comunitaria y colectiva, a la vez, para reponer los lugares personales e individuales donde también somos.

Las bibliotecas, al ser lugares para la lectura y el conocimiento, son agentes propiciadores de las coincidencias afectivas donde la conversación, la reunión y la configuración de sociabilidad son la oportunidad para aprender de los otros y de lo otro: las letras habladas, leídas o escuchadas. Las voces de quienes relatan y recuerdan hacen parte de la atmósfera cósmica de las bibliotecas, siempre exuberantes en elementos, usos y valoraciones.

Estos lugares con ánimo, además de ofrecer información, libros y diversión, han sido y podrán seguir siendo escenarios desde los cuales podamos leer más y mejor la realidad, aprehender la riqueza cultural y espiritual de todos los tiempos, las personas y los lugares, un territorio que enseña a escuchar y a saber de otros territorios.

Las bibliotecas han sido y pueden seguir siendo el faro que ilumina los procesos de rescate de la memoria oral de los pueblos y el reconocimiento de las voces no escuchadas, lugar para las muchas y diversas lecturas, el nicho para avivar la escritura, y la creación de ideas y de contenidos.

Se trata de que su ánimo encienda las muchas almas a través de la palabra hablada, escrita, escuchada y sentida. Fuentes y fuerzas que se vuelven crisol, fermento y alimento de un modo de vivir y convivir. Volver a ellas, a estos lugares con alma, como una febril oportunidad para actualizar el nexo con las fuerzas telúricas que mueven todos sus cantos.

Nota

- * El hábitat considerado como lugar donde crece la vida, nicho y entramado de relaciones entre los seres vivos, animados o inanimados, lugar o espacio donde se vive y se comparte.

Referencias

- 1 Parada, A. (2008). Presentación: para una socio-bibliotecología de la biblioteca pública en América Latina, en Moncada, D. *La biblioteca pública como institución social*, Universidad de Antioquia-Escuela Interamericana de Bibliotecología, p. 9.
- 2 Parada, A. (2015). Espacialidad y bibliotecas. Reflexiones sobre una breve tipología del espacio bibliotecario, en *Información, Cultura y Sociedad*, (33), p. 8.

Nathalia Quintero Castro. Profesora de la Escuela Interamericana de Bibliotecología de la Universidad de Antioquia es licenciada en Educación de la Universidad Autónoma Latinoamericana y doctora en Geografía de la Universidad Autónoma de Barcelona.